

## **Mi padre Labrador**

Amigo de los astros  
y de la gleba;  
pastor de los olivos  
y de las alamedas;  
agitador de pámpanos  
y espigas solariegas.

Te evoco tras la yunta,  
el brazo formidable prolongado en mancera  
y en terrón germinal.  
Te evoco roturando la noble entraña, fértil  
por tu viril porfía,  
y por el agua niña,  
dichosa y andariega.

Nos enseñaste todas las ciencias campesinas,  
del arado a la poda, del riego a la cosecha,  
mientras nos iniciabas en la gracia del tallo  
y en la de las palomas sobre las ramas nuevas.

¡Contigo en el milagro de la espiga sonora,  
de la panocha grávida, del racimo en la melga,  
del alfalfar tendido sobre el pecho del campo,  
del cebollar minero, del girasol alerta!

¡Contigo en la esperanza de la tierra!  
¡Contigo en el destino glorioso de los pájaros,  
que van hacia la tarde caída en la alameda,  
que vienen de los vértigos matinales de oriente,  
por donde nace el alba sonámbula y risueña!

El campo, que fue monte de chilcas y algarrobos  
al amparo de hierro del cerro centinela,  
se transformó en parrales,  
en sazonadas huertas;  
la acequia generosa lo abrazó de esperanza  
y lo encendió de frutos de racha veraniega.

Trenzamos largos surcos por los mares morenos;  
plantamos lentos álamos por las calientes vegas,  
donde luego los pájaros  
desbordaron de trinos la rubia primavera.

Evoco nuestra casa,  
nidial de seis hermanos y una fiel compañera  
tus sueños y tus libros,  
el añejo Arcipreste, la vibrante Teresa,  
el intrépido y fuerte Don Alonso Quijano,  
tu maestro en quimeras.

De noche relatabas tu varonil historia,  
y la de tus abuelos, hidalgos de la Iberia  
que vinieron a menos por ir a más en alma,

con esa sed, tan tuya, que te arrastró a la América.  
Siempre dijiste España, ponderada en suspiro  
preludio de una copla soledosa y añeja.  
A Granada llevabas por dentro, en la esperanza,  
y a Toledo castizo, valeroso, por fuera.

Los vidrios del invierno  
desangraron tus venas;  
tu espíritu alelado gritó frente a los ángeles,  
que adornaron de espigas tu yacente cabeza  
y enfilaron tu vida hacia la noche,  
llena,  
como tú la querías,  
de estrellas...

Así te nos dormiste,  
en el negro silencio de la tierra.  
¡Y nos quedamos solos  
con la madre de cera!

Después, un viento fuerte  
nos arrojó del predio  
que hoy mi verso proclama con dolor de belleza.

Tengo en el hondo pecho las tardes color malva,  
retorno de las eras,  
hacia la casa, oculta  
bajo los sauces mansos, que enamoró la acequia.

Marchabas adelante, con el auspicio noble,  
con la palabra buena;  
nosotros, a la zaga, mirando el ancho cielo  
con el primer capullo de la primer estrella.

¿Dónde fueron las horas de inocente ternura?  
¿Dónde rodará el agua de aquella clara acequia?  
¿Por donde irá la yunta con la reja vibrante?  
¿Dónde estarán las noches con aquellas estrellas?

¡Padre amigo: me sigues con la emoción honrada  
y el brazo formidable prolongado en manquera;  
sigues sembrando sueños en la gleba del hijo,  
y éste riega con lágrimas los sueños de la siembra...!